

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS

17. MAY. 1925



—Te aseguro que esa mujer no es lo que parece.
—Y tú, ¿cómo lo sabes?
—[Como que es mi hermana]

Ayuntamiento de Madrid

Dib. RAMÍREZ.—Madrid.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE 'BUEN HUMOR'

por DIEGO MARSILLA

CUPÓN

correspondiente al núm. 181 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

- 14.—En los patios andaluces y en otros muchos sitios.

M A Z Z

15.—Musical.

Paso Paso

16.—Refresco.

W o o



SOMBREROS
BRAVE

6 • MONTERA • 6

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASA-TIEMPOS del mes de mayo.

- 17.—Llega a viejo... y lo habla mal.

[Buena prima segunda le ha regalado tu portero al ama de la casa]

Claro, como que cuarta segunda a su hija para que calle ciertas cosas.

Pues no es tercera cuarta para eso, no; lo más, lo más, todo.

18.—Tachín, tachín, tachín.

Pa Pa a Rtocha

- 19.—Que ricos con crema y sin ella

Valle TIL

PARÍS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y extirpar siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matiz perfectamente natural e inalterable. Pídanla negra, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *Manicura fina y sinuosa envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es lítica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostritos grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelitero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDRO-LINA. Es la reina de las cremas. Complácete a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gracia, firmeza, hermosura y juventud*.

La **CREMA ALMENDROLINA**, marca **BELLEZA**, garantiza el calor exacto de gresas y demás sustancias que puedan perjudicar el cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Prepárase a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles al color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, *sin flebrillos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia el vestido. Se usa lo mismo que el ron común.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sará, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



La mejor prueba

de la bondad del Agua de Colonia Añeja está en el enorme consumo que de ella se hace entre las personas que se dedican a los deportes.

Acostúmbrese usted a friccionarse con Colonia Añeja después del ejercicio. Por su fuerza alcohólica y su pureza es el mejor tónico muscular. Refresca y reanima. Tonifica los nervios. Combate el cansancio. Compre usted hoy mismo un frasco en la primera perfumería, farmacia o droguería que encuentre.

AGUA DE COLONIA AÑEJA

Frasco, 2,50 - Litro, 15 pts. en toda España.

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

BAGATELAS

EL HOMBRE MUY SABIO



El hombre muy sabio, leyó en 1905:

«Según estadísticas recientes, va reduciéndose en nuestro país el número de suicidas...»

E inmediatamente se puso a escribir un artículo que empezaba:

«Cada vez escasean más los suicidios, si otorgamos fe a los datos que nos suministra el negociado de Estadística, lo cual se presta a consideraciones de diversa ley, que rechazaría un espíritu superficial, pero que nosotros debemos tener muy en cuenta. España logró fama de país fogoso, muy dado a todo linaje de vehemencias; cuna de pronunciamientos; patria

de rebeldías contra el invasor; vivero de enamorados que preferían la muerte a la separación; plantel de héroes que morían abrazados a un ideal, escribiendo novelas, eludiendo el sonrojo de una quebra defendiendo la libertad... Eramos pundonorosos, altivos, creyentes y apasionados. Todo lo tomábamos en serio. La muerte, el hombre, el atraso, nos inspiraban zumbas y donaires; mucha gente mataba y se dejaba percer... Hoy, ya lo vemos; las estadísticas nos prueban que el número de españoles prontos a morir en un acceso de vergüenza, de amargura o de ira, va en descenso. La raza decae. No hay convicciones; falta valor para sacrificarse por algo noble o fuerte. Nada vale la pena. Cobardemente nos encogemos de hombros. No tenemos pulso. Ya don Francisco Silveira, y don Joaquín Costa, y Ganivet, y Macías Picavea, dijeron...» El artículo, lleno de citas y números, concluía con la más amazacotada de las lamentaciones.

En 1915, el mismo hombre sabía leer:

«Estadísticas recientes aseguran que en estos últimos años ha aumentado el

número de suicidios en la península...»

Y, en seguida, el hombre sabio empezó un artículo que decía:

«Cada día crece en España el número de desesperados que atentan contra su vida. Estudiantes impresionables, modisillas volcánicas, niños sugestionados por folletines truculentos y películas de «serie», especuladores impacientes, jugadores sin fortuna, buscan insensatamente alivio a sus contrariedades empujando la pistola o ingiriendo el sublimado corrosivo grato al ser sin creencias que osa disponer de la vida que Dios le concedió para sobrellevar su sino en este valle de lágrimas. España fué siempre una nación de irritables y de neuropáticos. El clima, la educación, las costum-

bres, contribuyeron en no pequeña parte a esta monomanía suicida, que agosta en flor muchas existencias y amenaza con un mal mucho más lamentable que el de la escasa natalidad, azote de Francia, o el de la emigración, despobladora de Italia. Un país tan prolífico como el nuestro, no debe morir. La agricultura necesita brazos; sobre las parameras castilianas no humean talleres ni laboratorios; nos abruman problemas nacionales tan importantes como el de las comunicaciones, la enseñanza, la irrigación, el latifundio y el analfabetismo medran a la par que la langosta y la secura. Desventurada tierra de la guitarra, del buen vino, del sol y de las flores, que dió saineteros, bailarines, pintores y poetas a granel! Somos y seremos irredimibles...» El artículo, alborado de citas y de fechas, finaba con reciedumbre de mampostería.

En 1925, el hombre sabio leyó:

«La Dirección general de Estadística comunica que el número de suicidios en España...»

No quiso seguir leyendo. Nerviosamente tomó la pluma, y principió a escribir:

«Distinguidas personalidades que se consagran a estos estudios en el extranjero, han demostrado la ineffecticia de las estadísticas, casi siempre basadas en datos de muy discutible autenticidad. Diversos factores contribuyen a restar valor a esta clase de desvelos. La Estadística, cimentada en leyes empíricas, de coexistencia, de desarrollo y de sucesión, participa del método tanto como de la ciencia...» El artículo terminaba más relleno que nunca de vocablos griegos, de apellidos alemanes y de textos latinos. Además, rebosaba una indignación muy erudita. En vista de lo cual, varios hombres tan sabios como aquí, decidieron elegirle académico.



Dib. SILENO.—Madrid.

E. RAMIREZ ANGEL

¡AL SANTO!

—¿Ande está Marcelino?
—En la cama.
—¿Se le podrá ver?
—Sí es verle na más, pasa.
—Verle y hablarle.
—Hablarle también; si le hablas babilito, pa que no te oiga...
—Si no me oye, no se va a enterar, y lo que yo quiero es darle un recao.
—Entonces no pases, porque ha velao hasta las cinco de la mañana, y ahora está en el primer sueño, y ya sabes el despertar que tiene.
—Sí, paso, sí, que el recao es urgente.
—Entonces haz lo que quieras; pero ya estás avisao. ¡Que tengas suerte!
El anterior diálogo ocurre en el descansillo de la escalera, entre la mujer de Marcelino y un amigo de éste.
Mariano, que así se llama el amigo, se dirige a la alcoba, mientras la mujer se mete en la cocina y cierra por dentro.
Una vez en el cuarto de Marcelino, Mariano toma precauciones; pues conoce el despertar tan agradable que tiene su amigo.
Guiñándose por los ronquidos, se

orienta y se acerca al catre, sin abrir la ventana ni encender luz. Mariano respeta aquella obscuridad, pues gracias a ella, espera librarse del primer alparagato, con que seguramente le recibirá el amigo Marcelino.

Duda un momento si llamarle o no; pero al fin se decide, y como sabe que son indútiles los empujones y zarandeos, se acerca al oído y grita con toda la fuerza que puede:

—¡Arza, Marcelino, que hay fuegol! Nuestra pluma renuncia a describir lo que sucedió en aquel instante; hacemos un paréntesis y reanudamos el relato, cuando Marcelino, algo más tranquilo, observa al amigo Mariano, mientras se lava la sangre, que abundantemente corre y sale de sus narices.

—Perdona, chico; pero el susto ha sido de arroba.

—De ná—dice Mariano—, no creía yo que iba a salir tan bien librado.

—Total ha sido sólo lo de las narices y esta brecha de aquí. Y al decir esto se introduce en la cabeza la primera falange del dedo índice.

Una vez restañada la sangre, y como

si nada hubiese sucedido, aquellos dos amigos salen a la calle, y mientras se toman un vermuth en la primera tasca que encuentran, Mariano dice a Marcelino, que intenta pagar: Tú te guardas esas perras, que hoy pago yo; pa eso te he molestao sacándote de la cama.

—Te aseguro que no ha habido molestia; siempre que se te ocurra pueda llamarme, que los amigos semos pa las ocasiones.

—Eso es verdad; pero llamarte, qué que no me se ocurra otra vez, como no sea por un continental.

—Bueno, al grano; dime qué quies de mí, que estoy desentando serie tñil.

—Pues es el caso que me encuentro en un compromiso de órdago.

—Te advierto que no puedo servirte si es cuestión de perras.

—No es por ahí.

—Habla entonces.

—Tú ya sabes que hace una temporada que un servidor compare las horas que el taller me deja libres entre mi costilla y una señora de Valladolid, que me la han recomendado mucho.

—No lo sabía; pero sigue.

—Pues bueno; entre esta señora y mi parienta, había establecido yo un turno pacífico, y una noche iba al cine con esta señora y otra noche me quedaba en casa con la Pascuala; claro es que ninguna de las dos están enteradas de esta entente cordial.

—¡Eres el primer diplomático!

—Hasta aquí las cosas iban de primera; pero llega el día de hoy, o séase San Isidro, y el compromiso en que me ha puesto el bendito santo, es, como antes le decía, morrocotudo; porque a las dos señoras, a la mía y a la de Valladolid, se les ha puesto en el flequillo irse a comer unas rosquillas esta tarde a la pradera del referido santo, acompañadas, naturalmente, por mí.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues he pensao una cosa, y pa explicártela es pa lo que te he llamao.

—Tú dirás.

—Vas a hacerme el favor de acompañar a la de Valladolid, porque yo he pensao ir con la mía, en vista de que se gesta un genio muy parecido al que usas tú cuando te despiertan.

—Pero cómo quies que la lleve a la pradera, si no tengo dos gordas.

—Por tela, no te apures, ahí va un verdorón—dice Mariano, entregándole un billete de cincuenta pesetas.

—La señora ya está avisá; el caso es que se distraiga y no me eche de menos.

—Descuida, hombre, ya sabes que soy un amigo.

—Por eso he pensao en tí; el sitio y hora ya lo llevas apuntao en este papel pa que no te se olvide; no mires el



Dib.
GALINDO
Madrid.

—¿No sabes que me he hecho porrufado de Lerroux?

—¡Qachó, qué cambio más radical!

dinero y tira de largo y no la escatimes los torraos.

—Descuida, cuenta con el cólico.
—Además, cómpreme el pito más grande que veas; creo que es una apasionada de la Filarmónica, y too lo que sea música le encanta.

—Descuida, que pasará la gran tarde.

—Usté se calla y se come esta peseta de alcahués, y en acabándose compramos más, y santas Pascuas.

—Le advierto a usted que me van a hacer daño.

—¡Pero si estas chucherías son refrescantes!

—Pues estoy muerta de sed.

—¡Ay, mi madre! ¡cochero, para! El coche se detiene frente a una taberna; al momento sale un chico.

—Tú, peque—dice Marcelino—, danos de beber.

—Yo, limón.

—Ya lo oyes; al cochero lo que pida,

pa mí un vermú y al caballo una rosquilla.

Una vez servidos, arranca el coche de nuevo y en seguida se encuentran en plena pradera; esta vez descendiendo, y después de comprar más torraos, se confunden entre los devotos del santo patrón.

—Vaya usté echando el ojo al pito que más le guste, que ese pito es pa usté.

—Es usted muy amable.

—Con usté no se pué ser de otro modo, conque vamos al pito.

La señora es obsequiada espléndidamente por Marcelino, que no consiente pasar por un puesto sin comprar alcahués.

—¿Le gusta a usté el tío vivo?

—Me gusta, pero me marea.

—Conmigo no hay cuidado, vamos a darnos un par de vueltas. Y en aquel momento, un chiquillo, que sin duda conoce a Marcelino, se le acerca y le dice:

—Hace la mar de rato que le buscaba.

—¿Qué ocurre?

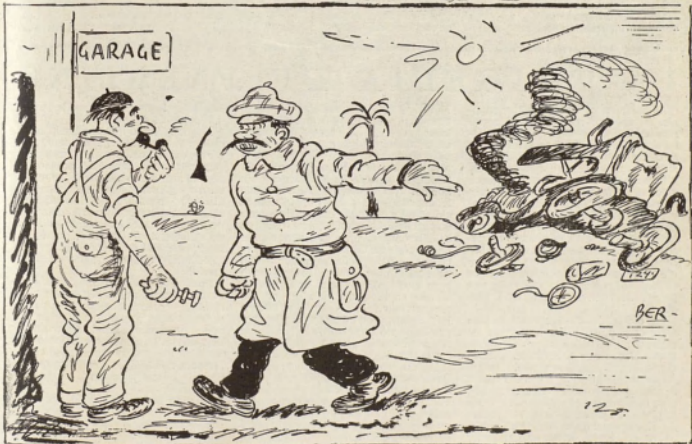
—Esta carta que me ha dao el señor Mariano para usted; que la lea en seguida.

Y aprovechando que la señora está distraída con los caballitos, Marcelino abre la carta y lee:

«Querido Marcelino: esta mañana, atontao por el recibimiento que me has hecho, me se olvidó decirte que la señora que va contigo es casá, y que el marido es un tío de esos que levantan pesas en el circo; que anda muy escamao y la sigue la pista. Te aviso pa que andes con ojo.»

A Marcelino no le dió tiempo a leer la firma; sobre su cabeza chocó un basión con tal fuerza, que al ruido que hizo se reunieron los músicos de una charanga que estaba próxima, confundiendo el bastonazo con el golpe del bombo.

Luis CANDELA



—¡Haga usted el favor de arreglar pronto el coche, que tengo mucha prisa!..

Dib. BERNSTEIN.—París.

Agencia para la venta de BUEN HUMOR en TAMPICO (Tamps) México D. Hermenegildo Dávila G., Apartado núm. 50

Ñ O Ñ E R Í A S

I

ABUNDANCIA INÚTIL

Según el municipal Hermógenes Carrascal que está en la estación del Norte y tiene encargo especial de ver lo que entra en la Corte, *once mil* merluzas sé que ayer llegaron y que (sólo por lo numerosas) coinciden, como se vé, con las Virgenes famosas.

Y ¿a pesar de haber podido calmar hoy con tal surtido nuestra natural gozusa, venden cara la merluza? ¡Pues nos hemos merlucido!

II

DE REPUBICIÓN

Me dijo ayer Salomé: —Con Curro Sanz al café concurro y nunca me aburo.

¿Y tú no sabes por qué? Porque concurro con Curro.

III

EL SOMBRERO INAPLICABLE

—Hoy he visto —dice Angela Llaneza— un sombrero en la tienda de «La Ceres» que quita la cabeza... ¡Buena piezal! —Pues, hijita, si quita la cabeza— la dice su gachó— *pá* qué lo quieres?

IV

UNIÓN DE CONVENIENCIA

—¿Por qué se casó Baeza con la tartamuda María? —Por tener en una pieza una muda y una tarta.

V

EL MUNDO EN LA MEMORIA

Cuando no huele bien algo (cosa que a menudo pasa) se me viene a la cabeza

Colonia. Junto a la entrada de Apolo me acuerdo siempre de *Saboya*. Cuando en casa tengo abundancia de moscas, de *Moscú*. Cuando a Villalla voy en la plaza de toros recuerdo al punto *Las Palmas*. Oyendo un tango, me acuerdo de la *Argentina*, palabra. Cuando veo a cierto artista que en todas partes se engancha con la frente, de *Cabeza del Buey*. ¿Y al pensar en Maura? Del *Callao*. ¿Y cuando llueve? Del *Paraguay*. (No es camama). Si algo me escuece, de *Escocia*; si encuentro a doña Alejandra, me acuerdo de *Alejadria*; de *Viena*, si el pan me falta; si a cierto foso desciendo (que no es el Metro) no falla: *Bermee* y *Chicago* acuden a mi memoria... ¡Y ya basta; que no está bien que así estemos hasta pasado mañana!...

JUAN PEREZ ZÚNIGA

LA TRAGEDIA DE FAUSTINO

Al encontrarme con Faustino Longoria, mi querido compañero de correrías juveniles, y observar que le faltaba el ojo derecho, no pude menos de llevarme una sorpresa que hubiese sido un éxito en un roscón de reyes.

Le estreché a preguntas y no tardó en contestarme. No en balde nos queríamos mucho y habíamos sido compañeros en la Universidad y en los deportes. Esto último era lo que más nos había hecho íntimo, pues siempre pertenecimos a los mismos equipos. Unicamente cuando contraímos matrimonio fué nuestro equipo diferente, pues si mal no recuerdo, yo llevaba tres juegos de camisetas rayadas más que él.

La causa de su desgracia habían sido sus ojos. Mi amigo presumió siempre de ellos, orgulloso de su tamaño, desde que una empresa ferroviaria intentó adquirírselos para montar un puente sobre el Duero. Y sabía también que sus niñas hubieran podido muy bien pasar por mayores de edad. Juzguese, pues, de mi sorpresa, cuando vi que una de ellas le había desaparecido. En el primer momento no pude menos de tomarlo como una extravagancia de Faustino, que siempre había sido muy exagerado por seguir la moda; pero cuando me contó que la había perdido, y que la había perdido jugando, no pude menos de compadecerle.

Una súbita chilena se enamoró de él y se le declaró con gran desparrajo.

Mi amigo le dió una contestación ecléctica y así pasó algún tiempo. Pero la americana empezó a apretarle. Faustino entonces aprovechó la primera oportunidad que tuvo y huyó a Ginebra, para tomar parte en la prueba del kilómetro lanzado para *patinetes* sin bocina. Y la primera que fué a felicitarle, cuando ganó la copa, fué la estudia chilena. Faustino quiso matarla—cosa que no he podido explicarme dada su caballerosidad, más que suponiendo que la copa de Ginebra se le subió a la cabeza—, pero al fin se contentó con obsesionala con unas calabazas como para aventurarse por el Océano Atlántico en bicicleta. Ella las recibió serenamente, pero en su fuero interno juró casarse con Faustino por la sangre de un tío suyo que había sido de temperamento muy sanguíneo.

Pasaron unos meses. Y un día... Un día que se hallaba mi amigo en París preparándose para el campeonato mundial de tennis, se encontró con ella. Pero en vez de hablarle amorosamente como antes, la chilena le propuso jugar un partido. Faustino aceptó en el acto; quería, en primer lugar, borrar la mala impresión que le había causado en Ginebra, y negarse, por otra parte, hubiera sido una grosería indigna de él, de cuya educación podrán ustedes darse cuenta al decirles que desde que nació no había dejado una sola noche de peinarle antes de sumergirse en el lecho, por si sobaba que iba de visita. Aceptó, pues, sin

pensar en la trampa que se le tendía. Y comenzó el partido.

Al poco tiempo Faustino pudo darse cuenta de que tenía enfrente una jugadora expertísima. Y cuando menos lo esperaba... ¡zas! le mandó un pelotazo rapidísimo que le alcanzó en pleno rostro a pesar de los esfuerzos que hizo por impedirlo. Rápidamente se echó mano hacia la parte dolorida, pero ya era tarde. La pelota acababa de saltarle el ojo derecho, que había ido a metérselo en un calcetín.

¡Mi íntimo amigo se había quedado tuerto!

Pueden ustedes comprender su desgracia; encima de perder el ojo, todo el mundo consideraba que había perdido el partido, y que no tenía más remedio que casarse con la mujer que le dejó tuerto. La americana redobló sus ataques. Pero mi amigo se puso en relaciones con la hija de un fabricante de ojos de cristal y se casó en seguida con ella.

Cuando la americana lo supo, se suicidó.

Y es lo que me dijo Faustino comentando su muerte:

—Era horriblemente fea, y, con franqueza, para casarme con una mujer así, hubiera tenido que dejarme no tuerto, sino ciego.

Y tenía razón. Era una sentencia digna de Sócrates y de que la confirmase el Tribunal Supremo.

MANUEL LÁZARO



LOS TAXIS

—¡... me figuro que no me cobrará usted la vuelta!

Dib. B. B. B. — Madrid.

EL NUEVO PARIENTE

Anoche me presentaron a un nuevo pariente. Se trataba del marido de mi prima Julia, que acababa de contraer matrimonio.

El nuevo pariente me pareció un perfecto majadero. Cuando nos pre-

sentaron, no supo qué decirme, no se le ocurrió nada. Una persona que no sabe qué decir, que no se le ocurre nada cuando le presentan a otra, es un melón, y todo el mundo tiene derecho a designarle con este nombre. Pero es

el caso que yo tampoco supe qué decirle a él, que no se me ocurrió nada, y, sin embargo, si alguien se atreviera a denominarme melón, me ultrajaría gravemente; porque estoy convencido de que no lo soy. ¿Por qué lo es entonces el marido de mi prima Julia? No lo sé...

En todo nuevo pariente hay siempre un intruso, un advenedizo, un verdadero saltador de familias que se mete de rondón en el hogar ajeno, como se meten algunos viajeros en un vagón que está completamente ocupado. Pasó los veinte, los treinta, los cuarenta años de su vida siendo un desconocido para nosotros, y de repente, por el simple hecho de haber cometido la necesidad de contraer nupcias con una prima nuestra, viene a considerarse como de la familia. ¿Por qué?

Además, no existe en el mundo nada más propicio al abuso, a la extralimitación y a la impostura que un parentesco recién adquirido. Todo nuevo pariente, venciéndose su cortedad inicial, nos tuteará, nos abrazará, nos dará palmaditas en la espalda, entrará en nuestra casa siempre que pueda molestarnos y se llevará espontáneamente el jabón de la cocina, los pelillos de dientes y el aparato de galena. Si se ve en la reglamentaria necesidad de pedir dinero prestado, invocará su título de pariente nuestro para apoyar su pretensión, poniéndose en ridículo y poniéndonos también a nosotros, por la sencillísima razón de que nuestro nombre es totalmente desconocido para las personas adineradas. Si sabe que hemos publicado un modesto artículo en algún periódico, comprará éste, se lo echará al bolsillo e irá por todas partes exhibiendo, ponderando desahoradamente nuestro talento y proclamando a voz en grito que es pariente nuestro, medio muy eficaz de conseguir que la gente se ría de nosotros. Y, por último, si tiene noticia de que somos ligeramente amigos de la empresa del teatro de la Infanta Isabel, se presentará en contaduría, ostentará su parentesco con nosotros y pedirá, en nuestro nombre, que le regalen un palco, cosa que jamás nos hubiéramos nosotros atrevido a hacer.

No, no quiero parientes nuevos, que empiezan por no saber qué decir cuando nos son presentados y acaban por llevarse hasta el percherro cuando toman confianza. Cada cual con su familia y Dios con la de todos. Y si alguna prima nuestra incurre en la frecuente vulgaridad de contraer matrimonio, evitemos el enojo de conocer a su marido, que será, indudablemente, un señor insoportable.

MARCIANO ZURITA



Dib. ZAPATA.—Madrid.

EN LAS CARRERAS

—¿Qué cabezada tan bonita tiene tu caballo!

—Me la regaló ayer el señor...

—¿Y eso?

—Sí, estaba durmiendo y ¡claro! todo se volvía dar cabezadas...

BRINDIS

En el *banquete ofrecido a Marcelino Zancadilla, campeón pedestre, para celebrar sus triunfos*.

Señoras, *cabayeros* y deportistas: Yo no soy el *homenajeado*, pero como mi sobrino, a quien *ustedes* festejan, *tío* lo que *tié* de largo de patas lo *tié* de corto de genio, me levanto yo, que soy su tío, a dar a *ustedes* las gracias más rendidas que Marcelino cuando terminaba de correr.

Porque es lo que yo le digo a mi sobrino: —Marcelino, hay que ser fino; hay que echar un discurso a estos señores, que ya ellos te echan de comer. Pero el muchacho no *tié* facilidad de palabra; porque como siempre ha an-

dieron ron a los del *rin*. Esto acabó de animar a Marcelino: *atizaba ca directo* que en el cuarto *run* el negro *achocolatado* se había vuelto negro *acarbondado*. Y por fin, na más empezar el quinto, el negro *ceyó rocau* de un *upercáu* de pronóstico *reservau*. ¡Bueno, aquello no era un hombre! Visto desde arriba parecía una ración de *calamares desparramá* en el suelo. Así ganó Marcelino el título de campeón de *pesaos*, cosa que a mí no me pareció bien porque no creo que nadie hubiera *andao* más ligero.

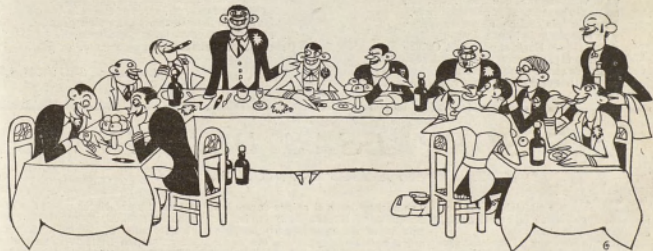
Lo del boxeo lo dejó en seguida porque empezó la gente a llamarle el rey del *crochet*, y eso a mi sobrino, que detesta el punto inglés, le parecía poco deportivo.

En una de cien metros que en otra de más fondo que un baul. Y si no, ahí está el ejemplo del domingo. ¡Hizo una carrera que la hubieran envidiado más de cuatro yernos del antiguo régimen!

En *tó* el *travezto* no se oía más que decir: —¡Veinte leguas! Se van a dar un jabón que va a hacer espuma.

Y como Marcelino, que llevaba el número tres, iba el primero y detrás le iba a los demás materialmente arras-trando, *tó* el mundo decía: —¡Vaya un tute! ¡Y el triunfo va a ser del que lleva el tres!

¡Total, que Marcelino hizo las veinte y se ganó las copas como un *as*. Pero ya ven *ustedes* lo que es la gente. Como le dieron la copa del Excelentísimo



dao con ejercicios, masajes y *estrénamientos*, no ha *tenío* tiempo de desahusarse. Así es que le dicen *ustedes* que *tié* que hablar dos palabras seguidas y se aturaga; pero en cambio le dicen que hay que correr setenta y ocho kilómetros y ya está de vuelta.

Y es que *pa* eso de los deportes siempre ha sido un *hacha*. *Enfoavía* me acuerdo de cuando le dió por el boxeo, que se cargó en el cine del Ángel a un negro *achocolatado* que pagaba más que el engrudo. Pues no crean *ustedes* que Marcelino se quedó atrás. ¡Señores, qué manera de sacudir! Na más empezar el primer *run*, yo, que tenía delantería, me tuve que subir a general porque estaba algo *acatarraao* y el aire de las *guantás* me empeoraba. En el segundo *run*, se vió que Marcelino *tié* mano derecha, y en el tercero, izquierda. Al terminar el tercer *run* les

Luego se mefió a futbolista; pero también lo dejó pronto porque le *repunzaba* el profesionalismo. ¡Marcelino Zancadilla jamás tomó una peseta de ningún club! Lo más que toleraba su exquisita delicadeza, es que tuvieran la atención de pagarle el café, el sastre, el taxi y la patrona. ¡Y es que él es, ante todo, un verdadero deportista!

Su único defecto es que *tó* lo que *tié* de *apañao* pa los deportes, lo *tié* de *negao* pa los estudios. *Toa* la ilusión de su padre era que siguiese una carrera del *Estao*; pero no hubo manera. Ya ven *ustedes*: él, que ha *ganao* *toas* las carreras en que ha *tomaao* parte, incluso la de las seis horas, que la hizo en cinco y cuatro, no ha *podío* pasar en siete años del preparatorio de *Co-reos*. Y es que nunca le han *interesao* las carreras cortas.

Claro que, si se terció, lo mismo co-

Señor Ayuntamiento, la de la sociedad bilbaína Arza y la de corredores y comisionistas, ya hay quien dice que no es *pa* tanto y que con una copa estaba bien *premiado*. ¡Maldita sea su estampal! Pero es que quieren decir con eso que Marcelino *fié* dos copas de más?

Lo que van a conseguir con eso es que el muchacho se desanime y no vuelva a correr, a pesar de que yo creo que esta afición que le *fié* a las carreras le viene de familia, porque yo, Simón Ballesta, aunque me esté mal el decirlo, soy cocheró de punto.

En fin, señores, repito a *ustedes* las gracias más *explosivas* en nombre del *homenajeado* y, como no quiero que nadie diga que he *tomaao* la palabra por horas, al llegar a este punto bajo el alquila y salgo arreando. He dicho.

GARRIDO

PRIMAVERA

¡Oh la primavera con el campo verde!
¿Quién, para cantarla, seriedad no pierde
y en la sicalipsis, goloso, no muere?
¿Y quién no se eleva, quién no se entusiasma
y en versos sonoros su entusiasmo plasma,
no obstante el reuma, la gota y el asma?
Yo no he de ser menos, estación florida,
que aun conservo a Venus la antocha encendida
y quiero cantar, porque... ¡a ver qué vida!
Ya mi «símpata», que en invierno baja,
sube, sube y sube, cada vez más maja.
Ya estoy en carácter: ¡fófo a la caja!
Ya entre los mortales impera Cupido,
no hay niña sin novio, ni rama sin nido...
¡nunca falta un roto para un descosido!
Ya las boqueadas da mi hipocondría,
ya la savia llena mi ser de alegría.
¡Qué sabía es la savia! ¡Yo no lo sabía!
Ya todos los seres amores propanan:
los pájaros pían, las ovejas balan,
los hombres conquistan, las hembras resbalan.
Ya se los amores abrióse la veda,
ya el viejo suspira, con quejumbro leda,
no por lo pasado, si por lo que queda.
Aun lo más caduco, nuevo ser recibe
y se refocila todo lo que vive
desde el polo Norte al polo de... Orive.
Tanto el magistrado como el pobre hortera
alegre se siente si no calavera:
es la primavera que la sangre altera.

Ya todos los pollos, de guasa y de zumba,
van tarareando la castiza rumba,
y ya están «melosos» el chumbo y la chumba.
Ya todos y todo sienten vida nueva,
ya el por qué te explicas del pecado de Eva,
ya oyes por las calles: «¡Requesón... ¡a prueba!»
Ya miras las niñas cuajadas de flores,
ya tienen las niñas, inspirando amores,
ojos picaruelos, labios reidores.
Y así van pimpantes las hijitas mías...
como no gustaron en pasados días
y como hoy nos gustan... ¡fuera hipocondrias!
Aqueste es mi gusto y al gusto me atengo,
porque así es mi gusto, al lo sostengo;
y al que no lo diga, lástima le tengo.
Lástima le tengo, porque si lo siente
y a la vez lo niega... ¿cual menguado miente;
y si no lo siente... desgracia patente.
¿Que si así pregunto lo que es de mi agrado
me tendrán algunos por desvergonzado?
¿Y ha de ser de estuco Vicente Escohotado?
Aguardo de todos el fallo severo.
¿No tengo vergüenza, dice el mundo huerdo?
Blen poco me importa, si tengo dinero.
Porque, en todo tiempo y entre toda gente,
sin vergüenza, vives, lucio y sonriente,
sin dinero, «palmas» inmediatamente.

VICENTE ESCOLOTADO

LAS SORPRESAS DEL MUNDO

TENGO 586 AMIGOS DISPUESTOS A TODO

Creo firmemente que debo a los lectores de Buen Humor una explicación, amplia como un manto.

Esto de deber es en mí una cosa sistemática: lo que ya no me resulta tan sistemático es pagar. Sin embargo, he aquí que estoy dispuesto a levantar la deuda contraída y a dar la explicación que debo. Queridísimos lectores: me acuso de haber escrito y de haber estrenado un drama, un drama trágico. Comprendo que esto les parezca demasiado. El mundo nos reserva unas sorpresas como para utilizarlas en un roscón de Reyes.

En mi colaborador, Serafín Adame Martínez, el suceso no extraña; él, para su fortuna, no es humorista y el periodismo es perfectamente compatible con la dramaturgia; por lo tanto, me van a permitir que circunscriba este artículo a mi firma, ya que el humorismo, que yo cultivo como si se tratase de un microbio, está —al parecer— en pugna con lo dramático. Digo al parecer, porque en mi opinión nada hay tan próximo a lo trágico como lo cómico.

Un hombre se tira por el Viaducto, sin que puedan impedirlo los guardias,

y se hace plíndoras el cráneo contra los adoquines de la calle de Segovia. He aquí un hecho trágico; pero bastaría que el hombre al llegar al suelo se alzase tan tranquilo y comenzara a liar un cigarrillo para que el hecho trágico pasase a ser cómico.

Mi opinión nada vale en este caso y la verdad es que la mayor parte de ustedes se quedó ante la noticia de lo del drama como quien ve visiones astrales.

Voy pues a explicarles por qué se escribió el drama. Soy hombre que se prosterna ante la crítica; sin ella no hay selección y sin selección no hay reverencia. Y, atendiendo a esa devoción, el día siguiente al del estreno de una obra me bebo todas las crónicas de todos los críticos de Madrid.

En todas ellas he creído descubrir un ansia común y un dolor unánime; el dolor de no enfrentarse con obras de alguna importancia, siquiera sean de una importancia intencional, y el ansia de que esas obras se representen.

A nadie se le oculta, ni para jugar al escondite, que es más fácil de estrenar y más productivo un juguete cómico

que un drama. Hacer un drama es ir contra el público, que prefiere una jugera a un entierro, aunque a veces una jugera sea tan triste como un entierro y un entierro tan alegre como una jugera. Pudo hacerse el juguete. Pero ¿y el dolor y el ansia de la crítica? Era preciso calmarlo y satisfacerlo, al menos con intención. Y se escribió la obra. Los antecedentes del drama podían encontrarse en *El médico loco* de Andrew y en la *Cándida* de Bernard Shaw. Aunque el edificio resultase una birria con incrustaciones de idiotest paranoíca, los cimientos no podían dejar de ser algo muy serio.

El estreno llegó. Comenzaron los sudores fríos y el proteger a la Tabacalera fumando una cajetilla cada dos horas, con una inclinación evidentemente suicida. No hay mejor dinamó que un autor en noche de estreno; pasea por el escenario, besa a los tramoyistas, muere los bastidores, pisa a todo el que se pone a su lado; querría estar en escena, en los telares, en el foso, en el cerebro de cada actor y en el corazón de cada espectador, y al lado del primer apunte, dentro de la concha,

y querría estar a miles de kilómetros del teatro, visitando, por ejemplo, los grandes depósitos de guano fosfatado de la costa del Perú.

Se alzó el telón. El drama gustó. Se aplaudió al final de los actos y hubo que salir nueve veces a hacer el ridículo saludando. Felicitaciones, ingurgitación de medio vaso de veronal, etc., etc. y, finalmente, reingreso en el domicilio con la seguridad de haber obtenido un éxito.

Error imponderable. La inteligencia del autor no siempre puede llegar a lo profundo de algunos hechos. Parte de la prensa de la mañana aseguraba que el drama no había gustado y un crítico decía con firmeza que en realidad había aplaudido los amigos.

Yo le agradezco la noticia al crítico ilustre. Ella me llena de optimismos y me inclina a creer que si no soy capaz de escribir un buen drama, en cambio gozo la dicha de tener buenos amigos en cantidades estimabilísimas. Porque aquella noche, había en el teatro seiscientas personas; ni una sola protestó el drama ostensiblemente; de modo que restando los cinco críticos a quienes no agradó, las ocho personas de las familias de mi colaborador y del que firma y restando, por último, el empresario del teatro, quedan a mi favor quinientos ochenta y seis amigos del alma que aplaudieron con entusiasmo. Estoy orgulloso. Creo que nadie se podrá ulanar de tener quinientos ochenta y seis amigos dispuestos a inmolarse en todo instante, hasta el punto de escuchar un drama, hasta el extremo de aplaudirlo. ¿Qué puede darme miedo en la vida, sabiendo que mis espaldas están guardadas por esa falange? Creo que me ha llegado el momento de iniciar un golpe de Estado. El triunfo es muy probable y gracias a él, yo podría sustituir los críticos adversos con media docena de esos amigos y de esta suerte, mis éxitos harían palidecer a los hermanos Quintero.

Sin embargo acaso los amigos dejen algo que desear. No hace mucho, en 1922, y en el teatro de Novedades los amigos que asistieron al estreno de una zarzuela de Adame y de un servidor de ustedes, no supieron evitar que se nos diese «un pateo» que se oyó perfectamente en los Alpes del Tesino, sin necesidad de radiotelefonía. A lo que parece, los amigos no siempre se portan como debieran.

Una cosa hay que me consuela, con respecto al drama de que me ocupo: que en las cuartillas de los críticos hay una rara unanimidad. Mientras Laserna dice que *puede considerarse como una obra maestra del gran guignol*, Marquina afirma que es *una rotunda y lamentable equivocación*. Mientras Gabaldón encuentra en la técnica *bellas sorprendentes*, Belserano sostiene que a los autores *les falta experiencia teatral*; mientras que Canedo dice

que el drama *es destartado y que nada de lo que allí ocurre sabe a teatro*, Alejandro Miquis llama a los autores *maestros de la emoción*. Mientras De Miguel tacha el diálogo *de culterano*, Arturo Mori lo adjetiva de *correcto*. La unanimidad es pues, absoluta.

¿Qué piensa un autor en este caso? ¿Sigue escribiendo para el teatro o se dedica a silbar los tangos de Spavento? ¿Hace dramas o juguetes cómicos? ¿Atiende a quien le censura o a quien le elogia? ¿Toma reconstituyentes para

el cerebro o 'vende el cráneo en San Carlos?

Por mi parte aún no he tenido tiempo de decidirme nada. Me paso el día redactando cartas llenas de reconocimiento a los quinientos ochenta y seis amigos de corazón que sacaron adelante la obra. Ya se me ha estropeado dos veces la máquina de escribir, pero la amistad bien vale una máquina. Y hasta un tren de mercancías.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA.



Dib. Max. — Madrid.

CONSTELACIONES CÉLEBRES. — La osa mayor

BAMBALINAS DIABLAS Y TRASTOS

“Nuestras hermanas” en La Latina

Emiliano Ramírez Angel y Ángel Lázaro—dos Angeles—quedaron como lo que son en el estreno de su primera obra teatral «Nuestras hermanas», llevado a la escena, en La Latina, por la Compañía de María Palou, dirigida por Felipe Sassone.

La obra toda es de corte ramirezangelical: tema, desarrollo y palabras; sobria honradez y emoción mansa continúan la inspiración que ha guiado siempre la literatura de Emiliano Ramírez en crónicas, versos y novelas.

Son los autores de esta comedia unos ángeles del hogar. Su Musa no viste la túnica del Olimpo, ni suele fre-

viste unos trapitos, que ella misma se arregla, cosiendo al lado del balcón, parir—el balcón—incomparable de su ser y de su vida. «La Musa que se asoma al balcón»: toda la estética, la poesía, la belleza, el dolor y el ensueño que pueda significar la inspiración de estos autores está contenida en eso. Se asoma la Musa al balcón porque está presa en el hogar. No puede salir sola. Tendrá que contentarse con el novio que la ve en el balcón al pasar por la calle y que, ha de entrar en casa y hablar con los papás, si quiere seguir teniendo relaciones con la chica. Nada de independizarse. El buen paño en la arca se vende. El arca puede, pese a todas las precauciones, convertirse en un arca de Noé, donde penetren animales de todas las especies, todos al paño, al buen paño, que, de puro guardado en el arca, se apollia a veces. No importa. La mujer de su casa tiene que quedarse en ella. El sueldo de papá no da lo suficiente para holguras. Hay que atender a los quehaceres domésticos para ayudar a la criada, cerril y a la altura de su escaso salario; hay que zurcir los calcetines del hermanito postinero y del padre, perpetuo cliente del café. Tienen que cogerse los puntos de las medias que se sueltan a cada paso, y tienen que «refrescarse» los sombreros del año pasado y hacerse los vestidos de cada estación, siempre cavilando la manera de obtener, con el menor gasto posible, el mayor lucimiento vistoso. Y eso las retiene siempre en casa. Nunca conformes; siempre retenidas. Su hogar es jaula. Y ellas, pájaros dentro de la jaula, se encalabrian como el canario, al repiqueo de la máquina de coser—y cantan y hablan con la vecina y se asoman, pimpantes, al balcón, en cuanto pasan militares, húsares, sobre todo; porque los húsares son para estas pajaritas algo así como para el comercio la lechuga: una especie de ensalada rusa que pasa por la calle y que ellas quisieran encontrar en casa para picotear cuando se sentaran a la mesa. Y cantan en la jaula; y bullen, y alborotan entre las macetas del balcón, mientras el otro pájaro—el pensamiento—en la otra jaula, —la cabeza; a pájaros también—revolotea, y ya que no puede volar sueña que vuela...

Esto cuando hace sol y hay posibi-

lidad de asomarse; momentos contadísimos del año o del día. El resto de la existencia estará al balcón cerrado; y entonces habrán de mirar tras los cristales, eternamente a fuera, ya sentadas con la labor, levantando constantemente la cabeza, para ver lo que pasa y quien pasa; ya dejando quequiera la vista se vaya a la libertad de la calle o del cielo; el cuerpo apoyado en la jamba y la sien en los cristales, con dejadez censina de la murria y esperando... Esperando, ¿al qué? Nada; esperando... Ese es su destino...

Así nos lo dicen los autores al final de su comedia: el destino de estas muchachas es el de esperar...

No es casi destino; es destitillo; un destino de cinco o seis mil reales, con descuento; uno de esos destinos que dan a las personas para que «vayan firmando». Estos destinos son «compás de espera...». En espera del ascenso, que en el caso de los hombres se llama «pesetas» y en el caso de las mujeres se llama «matrimonio» y que no suele llegar nunca, se trate de mujeres o de hombres.

Su destino es esperar, y esperar sentadas, cosiendo, junto al balcón, mirando la vida que pasa, la vida que pasa por la calle.

Esta es la Musa de Emiliano Ramírez Angel, nuestro antiguo amigo y aplaudido novel. Es una Musa recatada, soñadora, de buen corazón y aspiraciones vehementes pero modestas; tener un grillo, ir al teatro algunas veces, y poder querer mucho a un novio que vaya a ser su marido, después de muchos años de relaciones, «esperando a que él tenga posición».

Una Musa fácil al contento, pero más fácil a la melancolía; más admiradora de las Musetas—bohémias y románticas—que de las Musas clásicas; y deaseosa constante de viajar, aunque no pase nunca de embarcarse en el Retiro, o che de ir cualquier domingo a Cercedilla, o che de mudarse, si alguna vez se marcha un poco lejos, su Madrid, su barrio, su casa, su balcón, las músicas de su calle, y el gato y el canario.

Es una Musa que, recogida en su casita—y en su corazón; la habitación más suya de la casa—deja pasar la vida sin llamar la atención, modestamente, pero que no se chupa el dedo más que cuando se lo pincha con la aguja.



CURIOSO MODELO DE PANTALLA
CONTRA LAS GOTERAS

cuenter el Empíreo, a no ser que el Empíreo y el Olimpo sean alguna salacineamatográfica del barrio donde poderse acercar con sus papás, para ver si saca novio. La Musa de Emiliano

Rectificación

Ha llegado a mis oídos una rectificación oficiosa a determinadas noticias y juicios que tuve la imprudencia de estampar en mi crónica penúltima, cuando hablé de la obra de Felipe Sassone, *Hidalgo, hermanos y Compañía*, estrenada en la Latina.

Nosotros, aseguráramos allí (digo "nosotros" aunque lo aseguraba yo solo, porque así parece que, en plural, la responsabilidad se diluye), asegurábamos nosotros que Felipe había renunciado a la bebida y nos llegan rumores en contrario. Rumores formados por el ruido de la lluvia de indignación—ha ruidido como si estuviera ensayando—y se ha puesto por las nubes, unas nubes de trueno y de centellas. "Pero, ¿quién ha dicho eso?... ¡Falso y falso...! Yo no dejo el mar mientras él no me deje a mí, pues no faltaba más! Voy por el mar proceloso de la vida tambaleándose con la uña en la mano, para que no me embote de la suerte, procuro salvarme en una tabla, o preferiblemente en un tablón, según se den los casos.

Yo soy un escritor de buena cepa—de tres cepas—; yo me bebo los vientos, si es preciso. Desde la media copa a la del Graal todo lo que es alcohol es espíritu. Y ¡yo me lo lo trasiego! Lo demás me desprestigia y me calumnia... ¡Gaudiamus!

¿Será verdad? No sé; pero bien pudiera serlo.

Estando los tiempos como están, creo que por llevar la contra a un crítico es capaz de beberse diez botellas, no digo yo un neófito de la ley extra-seca (extra-dry), sino el abstemio mayor del universo; es, a saber: el señor Abstemio Precioso.

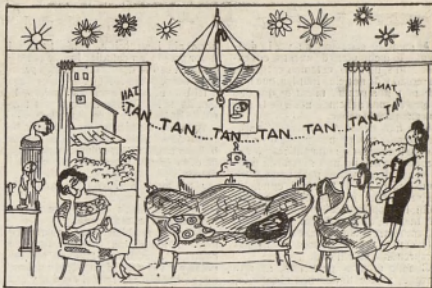
Puede también ser cierto, y pueden asistirle a Sassone razones para la protesta.

¡Ya lo creo! Pirandello tiene una obra en un acto en donde un hombre que, según parece, tiene «fistadura» o sea «mala estrella» o sea «la tizná», se ha propuesto sacar patente de ello.

Para conseguir sus fines ha comenzado por «hacerse el tipo», un tipo de esquela de luto, de enterrador, de moscardón de funeraria, de fintero veridico... Y luego se las ha arreglado de modo que los tribunales mismos reconozcan que allí donde va él, entra la negra. ¿Qué se propone con eso?

Nadie lo comprende, y todos se figuran que está loco; pero él sabe adónde

va. Cuando sea oficial, indiscutible, ya su mala suerte, le bastará pararse frente al escaparate de una tienda para que el propietario de ella salga precipitadamente y se apresure a darle diez duros, veinte duros, con tal de que se vaya cuanto antes, y... se vaya frente al escaparate de su competidor. Esta combinación repetida tantas veces, en cuantas ocasiones se presenten, supo-



MODELO DE TORTÍCOLIS CONTRA LAS DOS HERMANAS Y SU AMIGA

nen para el hombre la fortuna a corto plazo.

Puede que Sassone haya vuelto a reprisar como tantos escritores gloriosos la consuetudinaria alternancia del finto y la finta; pero también puede ser que, como el personaje de Pirandello, tenga—aunque de otra índole—motivos y razones ocultos, ajenos al mosto.

Conviene a veces trastornarse un poquitito para no desentonar. Y conviene también, a veces, ver doubles las cosas, para encontrarse luego con la agradable sorpresa de que no hay en el mundo tantos críticos como creyó ver, sino la mitad. Y a caso ni siquiera.

ENTREACTOS

Han oído palillos...
y no saben dónde.

Cuente en un periódico francés lo siguiente: Unas cuantas billarinas que forman parte de la compañía dirigida por los maestros Conrado del Campo y Foras... compañía que, como sabemos, da lugar a grandes obras de representaciones de música y espectáculos españoles... se echaron a buscar restaurantes donde restaurar las fuerzas perdidas con el viaje y con los builes. Uno de ellos encontró un restaurante de postín, y comenzó a describir a los compañeros las maravillas del establecimiento. Pero éstos no se decidían a creer una magnificencia semejante. En vista de eso, nuestro compañero se echó al colmo de los detalles convincentes.

—Figurarse que en las mesas había hasta palillos de los dientes!...

...¿Qué *opináis* ustedes? ¿Creemos eso de los palillos? ¿O les mandamos por la valija diplomática unos cuantos

palillos de figón para que vean que aquí, de faltar palillos, faltan precisamente en las mesas de posfín, pero que en las demás hay, hasta en las tabernas, palillos de todas clases, de los que se tocan y de los... que se chupan. Porque aquí, en efecto, *messieurs*, hay quienes tienen la fea costumbre de chupar el palillo; lo que no nos solemos chupar—y menos leyendo periódicos franceses—es el dedo.

Bernard Show, tanguista.

Ha hecho furor en Inglaterra la última anécdota de Bernard Shaw.

Estaba Show en Madera pasando las vacaciones. Un día, cuando el famoso dramaturgo y humorista se preparaba a escribir en su despacho, oyó la cadencia sugestiva y languideciente de un tango que entraba, adormecedor, por la ventana.

Bernard Show se quedó con la pluma en el aire, suspenso, escuchando la melodía cadenciosa, y... de repente, se levantó, presa de una súbita decisión: ¡quería aprender a bailar tangos! En la habitación configua había un amigo bailarín. Bernard Show le expuso la cuestión y todo quedó decidido en un momento. Decidido y resuelto, por lo que el autor de *Pigmallon* se reveló como danzarín de aptitudes extraordinarias y bastaron unas cuantas sesiones al son de un gramófono para que el autor de «El retorno a Malusalem» saliera danzando.

Cuando Bernard Shaw, terminadas sus vacaciones regresó a Inglaterra, dejó a su profesor como recuerdo una de sus obras con la dedicatoria siguiente: «A la única persona que hay en Madera capaz de enseñarme algo.»

MANUEL ABRIL

LA EDUCACIÓN

A menudo echamos de ver lo deficiente, lo incompleto de nuestra educación. Por un lado, estamos cargados de reglas y de noticias inútiles, que nos traban y nos pesan, mientras que por el otro apenas sabemos nada de lo que nos encantaría saber.

Nos han enseñado Historia Sagrada, cuando aún no nos podía divertir. Nos han enseñado matemáticas, a sabiendas de que no nos divertirán nunca ni han de servirnos para nada. Otro tanto ocurre con la Sintaxis, con la letra redondilla, con el mínimo común múltiplo, con las declinaciones latinas y la historia de Xenofonte.

Hemos aprendido muchas cosas por este estilo, y hasta ahora no hemos comprendido su utilidad.

Cuando éramos pequeños, se nos lanzaba, para estimularnos al estudio, este argumento que nosotros, pobres e indefensas criaturas, no podíamos rebatir:

—¡Muy bonito! No sabrás nada de nada y cuando se hable en una reunión, no sabrás contestar, tendrás que estar callado y pasarás por inculto a los ojos de todo el mundo.

Esto nos aterraba, hay que confesarlo. Yo, que de pequeño tenía de las reuniones un elevado concepto, no queriendo pasar en ellas por una per-

sona sin instrucción, ponía todo mi amor propio en estudiar lo que me dijeran. A eso le debo el haberme aprendido de memoria los agentes cósmicos y telúricos, la extracción de raíces, la familia de las Plantagináceas y la teoría de Kuiles sobre el perpetuismo.

Después, he concurrido a bastantes reuniones. Fuera de aquellas en que se bailaba como único objeto, en ninguna he oído jamás preguntar a cualquier dama:

—¿Qué me dice usted de la familia de las Plantagináceas?

Es de la única familia que no se murmura en las reuniones.

Sabemos también lo que hay que comer con los dedos y lo que hay que comer con tenedor y también que las palas para el pescado no deben usarse nunca cuando se sirva el asado, y que tampoco debemos llevárnoslas a casa para abrir las páginas de los libros.

Junto a todas las reglas, a todos los preceptos, a toda la ciencia apretada en los renglones de los libros, comparados otros goces que nos están vedados. Por ejemplo: nuestras familias no se han preocupado de enseñarnos a dar saltos mortales.

—¿Había nada tan delicioso como saber dar esos saltos mortales en que el gimnasta se estira en el aire, lenta,

graciosamente y cae de pie en la alfombra para recibir nuestros aplausos?

Yo envidio, al gimnasta y envidio al que hace ejercicios voladores en el trapecio y al que juega con bandejas y platos y botellas y teas encendidas.

Una vez, en un circo, un hombre singular me arrebató con sus juegos de precisión. Colocaba un plato sobre la punta de su pie derecho levantado al aire; echaba su frente hacia atrás; decía ¡ah! y el plato, un plato pequeño, le subía hasta la frente, por el aire, y se quedaba allí esperando. El hombre se colocaba entonces una taza de café en la punta del pie; decía otra vez ¡ah! y lanzaba la taza al aire y la recibía, sobre el platillo, en su frente. Por último, colocaba una cucharilla, sosteniendo el servicio de café sobre su frente. Decía ¡ah! nuevamente, y la cucharilla caía sobre la taza. Aquí acaba el ejercicio y estallaba la ovación.

Pues bien, yo, que hubiera sido tan feliz aprendiendo ese juego, he de tropezar con la oposición de la familia, que me negó rotundamente todas las tazas y todos los platos de café. Únicamente cedían en dejarme una cucharilla, aunque me aconsejaban que el tiempo que había de emplear en echarla a la frente, podría aprovecharlo para estudiar geometría.

A causa de eso que se llama una educación perfecta, vivo envidioso de las habilidades que ignoro. Yo no sé bajar los escalones de cinco en cinco, ni hacer pajaritas de papel, ni subirme en los topes de los tranvías, ni hacer el más insignificante volatín ni el más sencillo juego de manos. No imito el cacoreo de la gallina, como Jardiel Poncea, a quien envidio el saltarse a lo largo todos los bancos del paseo de Sagasta. Tampoco sé ese silbido que hace Neville, aprendido después de largos ejercicios. No sabemos nada, y esto nos hace serios y pesados como catedráticos.

Por andar sobre las palmas de las manos, daría toda la Historia Universal. Por saber bajar por la barandilla de la escalera, daría las Matemáticas, el latín y el Derecho Político. En fin, toda la ciencia que nos han enseñado, la cambiaría por lo que hace ágil y por lo que hace alegre. Y por tenerlo todo, lo daría todo.

Xenius dijo: «¡Quisiera ser Goethe!», como compendio de la oratoria, de la ciencia, del estilo, de la sabiduría. Yo quisiera ser Ramper, o algo así. Sería feliz y haría felices a los que me rodearan.

Vosotros mismos, lectores, ¿no me agradeceríais más un triple salto mortal que un artículo de tres columnas?

José LÓPEZ RUBIO



Dib. GADEA.—Madrid.

¡AGUA VA!

—Mira a Gortío: ¡Cómo se está quedando de flacol...

—Pues, yo; la verdad, no le veo tan seco.

Consultorio de "Buen Humor"

Diógenes Martínez. Madrid.—Con una inocencia, verdaderamente de párvulo de nacimiento, nos cuenta usted que ha descubierto una coquilla que con seguridad nos dejará atontados y algo estúpidos para el resto de nuestra vida; y lo que usted ha descubierto es la controversia siguiente: que no es lo mismo un canario flauta que un flauta canario.

Tiene usted mucha razón. No es igual trinar en una jaula y tener alas amarillas, que tocar la flauta en la orquesta de Apolo y ser natural de Santa Cruz de Tenerife. Pero, para que usted no presumas de ese hallazgo, le diremos que nosotros tenemos anotadas desde el año de la señora Nana las siguientes diferencias que han escapado a su penetración:

No es lo mismo un abrigo de señora que una señora de abrigo.

Es completamente distinto tres pesetas tomo, que tomo tres pesetas.

No hay ningún parecido entre un cura conservador y una cura radical.

No es igual La Margarita en Loeches que Loeches en La Margarita.

Hay una diferencia sensible entre corre el oso y anda la osa.

Es absolutamente opuesto un tio flunto a un tio vivo.

No tiene nada que ver Uirganda la Desconocida con hurgando lo desconocido.

No hay ninguna relación entre un paja de nueve pesetas y nueve pesetas de paja.

No es lo mismo La Santísima María que m'haria la Santísima.

No es igual treinta y cuarenta que siete y media, (aunque en ambas juergas numéricas se suele perder el mismo dinero).

Y, finalmente, hay una diferencia palmaria e incontestable entre tres a Cerdilla o irse a hacer górgaras. Al primer sitio nos hemos ido nosotros a pasar el día de hoy, y al otro lado vamos a tener el honor de enviarle a usted en este momento, con la súplica de que nos escriba usted en llegando y con lo que haya por allí.

Felipe Andión. Logroño.—Pregunta usted, con un interés casi usurario, si sabemos nosotros de un santo que sea capicúa. La pregunta, que no es muy católica que digamos, tiene sin embargo una contestación satisfactoria para su curiosidad: existe en efecto, un santo capicúa, y este venerable santo es San Crisanto. ¿Se fía usted bien en que es santo por cualquier lado que se le mire? ¿Sí? ¿Pues encomiéndese usted a él, que es seguro que hará usted su suerite con lo que le pida, exceptuando, claro está, que se bajen las patatas o que se agache un poquito la cara

ne de vaca! ¡Estas dos cosas no las consigue ni Jesucristo!

Enriqueta Cotta. Barcelona.—Encantadora señorita: el conflicto sentimental en que usted se halla colocada por la Fatalidad nos sugiere el consejo desinteresado, paternal y estentóreo que vamos a darle ahora mismo. Asegura usted formalmente que está para casarse con un rico armador, propietario de más de doce barcos mercan-

tes, cuyo fenómeno la adora con locura marítima, encrespada y espumosa. Pero con cierta pena asevera usted que ni el dinero ni la imponente flota de su prometido son bastante para hacerla alejar de su mente una nueva pasión que ha comenzado usted a sentir y que teme que el día que se entere el armador, haga honor a su cargo, y arme una de dos mil satanases que vista de luto a la Ciudad Condal. Añade usted que el objeto de su nuevo amor es el



Dib. BERNAD.—Madrid,

—¿Qué precio tiene este sombrero?

—Quinientos francos al contado.

—¿Y a plazos?

—Quinientos cincuenta; quinientos al contado y cincuenta en dos plazos.

elocuente y ruidoso divo aragonés excelentísimo señor Don Miguel Fleta, al cual sacrificaría usted todos sus afectos, todo su pasado honroso y todo su presente ebúrneo y específico.

No, señorita, no haga usted eso. Más vale un armador en mano que un tenor dando voces. Doce barcos mercantes son la seguridad absoluta de que con su esposo jamás estará usted a dos velas. Y además, el canoro Don Miguel puede muy bien no sentir por usted lo que usted siente por él; y el no sentirlo él, usted lo iba a sentir muchísimo más.

Resúmen importantísimo: que sofoque usted sus ímpetus eróticos y cáese con el armador, porque sería un fi-

nal artamente trágico que de un golpe se quedase usted sin Fleta y sin flota.

Casimiro Perales, Madrid.— Los guardias de seguridad ganan ocho pesetas y pico. El sueldo de los guardias de la porra no tiene, con respecto al otro más que una ligera diferencia: que en vez de darles ocho pesetas y pico, les dan ocho pesetas y pito. ¡Esto último lo decimos sin necesidad, porque estamos seguros de que ya habrá llegado a sus oídos!

Hans Grilber, Madrid.— Estimadísimo teutón: su pregunta consultiva es de las que no debían contestarse, porque aquí no queremos tratar de políti-

ca internacional; pero, en atención a que es usted forastero y a que escribe usted el castellano de un modo adormecedor, vamos a intentar complacerle.

Nos interroga usted en la siguiente forma: ¿qué opinión les merece a ustedes la evacuación de Colonia?

Contestación nuestra: que es la única evacuación que forzosamente tiene que oler bien.

No podemos decir más, porque estamos muy bien con Francia, y antes que decir nada que moleste a su patriotismo, seríamos capaces de meternos una bala de revólver en uno de los bolsillos del pantalón.

Alicia Terán, Valencia.—La situación en que usted se encuentra es realmente para que hubiera hecho Sófo-cles (si hubiese vivido y hubiese tenido tiempo) una de esas tragedias suyas que tanto aplaudía la *claque* ateniense. Dice usted, levantina y levantiscas señorita, que ha sido usted requerida de amores por un egregio boxeador catalán, pero que por tener usted la mamá viva no se atreve usted a contraer matrimonio por miedo a una discusión que pudiera haber un día entre su señora madre y el aludido boxeador y a los funestos resultados consiguientes.

Es natural: usted lo que teme es que el boxeador quede k. o. y pierda el campeonato en cuanto su mamá utilice la diestra.

¿Que no es eso lo que usted teme? ¡Vamos, señorita, qué nos va usted a contar a nosotros!

ERNESTO POLO



Dib. José.—Madrid.

EL COBRADOR.—¡Fernando Sexto!
LA GORDA.—¡Por mí que tome asiento!

COLECCION IDEAL

ha publicado de

BRUNO CORRA

autor de EL TORO

LOS BEBEDORES DE SANGRE

novela basada en los acontecimientos que tan hondamente convulsionaron a Italia a raíz de la terminación de la Guerra. Es un libro crudo, demoledor, y, en sus figuras, palpita la vida.

BRUNO CORRA dedica esta obra a Mussolini.

Tomo de 272 páginas, 4 pesetas en librerías y quioscos y en la Editorial B. Bauzá, Apartado número 66. Aribau, 175 a 179, Barcelona.



EN TIEMPOS DE SAN ISIDRO

JUAN DE VAROAS.—Este es el célebre San Isidro, mi fiel servidor y futuro patrón de Madrid.

LA SEÑORA.—¿Sí? ¿Y qué tal labra las tierras?

JUAN DE VARGAS.—¡Oh! ¡Como los propios ángeles!

Dib. SANA.—Madrid.



INTERVIÚS DE "BUEN HUMOR"



UNA CONVERSACIÓN CON EL EXCMO. SR. CONDE DE ROMANONES

Ignoramos, al dar al público estas líneas, o mejor dicho, al venderlas por cuarenta céntimos, si hemos sido víctimas de un timo. Nuestra credulidad, inocencia buena fé y nuestra nativa ingenuidad nos impide frecuentemente ponernos a salvo de la malicia humana y puede ocurrir, como en este caso de las intervius, que hayamos sido sorprendidos por un socio más vivo que nosotros y que, por culpa del precitado socio, hagamos el ridículo más paorámico. Todo esto es necesario decirlo, porque es el caso que el otro día se presentó en esta magnífica Redacción un pollo imberbe, portador de un centenar de cuartillas, en las cuales había recogido un montón de confidencias de ilustres personalidades, que ponía a nuestra disposición por el exiguo y criminal estipendio de doce duros que, como ustedes verán, es un estipendio estupendo a la par que modesto y arregladísimo.

No hay ni que insinuar que sóltamos en el acto los doce machacones y que nos incautamos de las cuartillas con el ánimo de publicarlas en nuestras columnas para admiración y espanto de nuestros lectores; pero al disponernos hoy a dar a luz sin dolor la primera intervius (que es la celebrada con el conde de Romanones) nos ha anulado la cruelísima duda de que la conversación mantenida con el prócer de la provincia de Guadalajara pudiera ser apócrifa, y estamos que no vivimos ante tan funesto pensamiento. Pero, en fin, nadie mejor que ustedes, que conocen a Don Alvaro perfectamente, pueden determinar si se trata de una intervius auténtica o si el pollo que nos ha vendido las cuartillas era un fresco mafial que no tenía para pagar al casero y se ha valido de semejante superchería para arbitrar recursos. Desde luego, nadie podrá negarnos el derecho a publicar lo que hemos pegado, ni siquiera el propio conde, al cual no le reservamos más que la facultad de rectificar si la intervius resulta fantástica. Bien es verdad, que el conde ha rectificado

siempre, aunque la intervius haya sido real, efectiva, palpable e históricamente indiscutible.

Y nada más. Lo que sigue pertenece ya a la pluma del pollo aludido, salvo

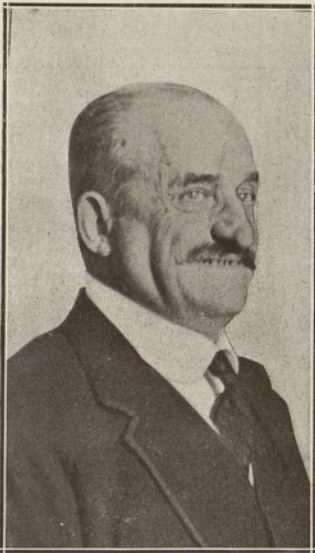
Y allá vá la intervius, que es lo que interesa y lo que estarán usades ya deseando tener ante sus ojos; pero era preciso este previo lavatorio de manos por nuestra parte, antes de aceptar ninguna responsabilidad por las aseeraciones, aseveraciones, afirmaciones y conclusiones de que ella se sacan. ¡Compromisos, no! ¡Y con Don Alvaro, menos que no!

Haec tiempo teníamos solicitada esta enrevista con el ilustre ex jefe del partido (por el cío) liberal. Las numerosas ocupaciones del conde la habían demorado y ya estábamos un poco moscas por los aplazamientos. Tres veces llegó a citarnos Don Alvaro para luego decirnos que no recibía y sólo cuando advertimos a su secretario que el citar para no recibir era un acto de poco valor, únicamente tolerable en Chicuelo 'o en el Gallo, pudimos conseguir que la enrevista se llevase a efecto.

Fuimos, pues, recibidos al fin por el conde en su suntuoso despacho pero con una llaneza que nos encantó. Calzaba zapatillas, una de ellas con mucha más suela que la otra pero ambas bordadas a mano y procedentes del moro (un regalo, seguramente). En una mesa vimos una caja de habanos sin empezar y antes de iniciar nuestra conversación, Don Alvaro alargó la mano con gesto magnánimo y nos hizo el honor de coger un pitillo de los que nosotros llevábamos en nuestra modesta petaca periodística.

Empezamos a echar humo, aunque esto en el conde es lo corriente de que el Directorio puso a caldo al viejo régimen, y nos permitimos ya entrar de lleno en el objeto de nuestra visita.

—Se trata, amigo Romanones, de honrar las páginas de Buen Humor con varias confidencias sobre política, sobre arte, sobre subsistencias o sobre lo que usted quiera. Estamos decididos a que usted nos deje oír los poderosos acentos de su voz, aunque sólo sea



EL VERDADERO CONDE

las naturales correcciones que hemos tenido que hacer para dejar la cosa en un regular y medio comprensible castellano, idioma un tanto difícil que no se puede exigir que sea manejado académicamente, pagándole doce duros al que lo maneja.

hablando de fútbol o de tauromaquia. Todo, menos ese silencio un tanto suicida en que están sumidos los grandes hombres que hicieron feliz a España. Es preciso que hable usted. La opinión lo demanda, la voz pública lo exige, Madrid lo vería con placer y donde pongo Madrid, ponga usted Madrid, Zaragoza y Alicante y siga usted añadiendo poblaciones, puesto que sabe usted la suficiente Geografía para no comerse ninguna, ni siquiera Guadala-

—Se dice que hay una inteligencia entre Maura y usted.

—Sí, señor. Hay una gran inteligencia. La mía.

—Enhorebuena.

—Maura es un hombre utópico, heremético, algo sarcástico, bastante misántropo y excesivamente católico. Escribiendo es cálido y hablando sofisticado. No obstante, su barba blanca le da un aspecto de estadista bastante agradable y yo no tendría inconvenien-

político todos mis afanes. Por ella he dejado de acometer empresas que me hubiesen hecho millonario, por ejemplo: el negocio de los autobuses, que podía ser mío; el del Metro, que podía ser mío; la explotación de un bar en la Puerta del Sol, que da quince céntimos de utilidad por cada taza de café que se sirve, ¡un sueño de hadas!... Más le puedo decir a usted: yo soy casero y si no hubiera sido gobernante, habría subido los alquileres...



EL ÚLTIMO ACTO DE DON ÁLVARO.—Curiosa fotografía hecha en tiempos más felices (para él).

para que se dejaría comer por usted pacientemente.

—Poco puedo decir que no haya dicho en innumerables ocasiones en que se ha solicitado mi parecer. España es eminentemente liberal y yo soy el único capaz de gobernarla. Lo que pasa es que a mí no me han dado nunca pie, necesitando yo más que nadie.

—Exacto. ¿Usted cree que el sufragio debe ser universal?

—Mucho más universal que mi Diario, que ni yo lo leo. ¡Y es un dolor, porque hay que ver lo bien que lo escribo!

te en alternar con él. Lo malo va a ser que nadie nos va a querer dar la alternativa.

—En efecto, está la cosa difícil. Por ahí existe la creencia de que lo han hecho ustedes muy mal.

—Injusta creencia, señor mío. Maura y yo nos hemos sacrificado por la Patria. Don Antonio es el único senador que no ha dormido la siesta ninguna tarde en el Senado. ¿Y quién le ha pagado estos desvelos?

—Es verdad.

—Y en cuanto a mis sacrificios, hartos conocidos son. Yo he dedicado a la

—¿Y así no los ha subido usted?

—¡Hombre, tanto como no subirlos!... Quiero decir que los habría subido mucho más de lo que los he subido. Ese ha sido mi sacrificio más grande.

—En confianza, ¿sería usted capaz de gobernar otra vez?

—¡Toma! ¡En cuanto me dejen!

—¿Nostalgia?

—Nada de eso. Me gusta ir gratis al Real, tener papel timbrado sin pagarlo y poder escribir cartas por la estafeta del Congreso sin gastarme dinero en sellos. Al año, eso es un ahorro de más

de tres mil pesetas. El régimen parlamentario es ni debilidad.

—¿Usted cree que hace falta el Parlamento?

—Sí, señor.

—¿Y las garantías constitucionales?

—Evidente. Ambas cosas son imprescindibles para mi programa de gobierno. Sin Parlamento, ¿me habría podido dar el gusto de cerrarlo tantas veces como lo he cerrado?... Y sin garantías constitucionales, ¿habría tenido la satisfacción de suspenderlas,

como la tuve en las diez mil ocasiones en que las suspendí?

—¿Usted tiene miedo al comunismo?

—Por los cuatro reales mal contados que uno tiene, me preocupa un poco. Pero no me quita el sueño. De Rusia a aquí hay mucha distancia. Y además no hay trenes directos. Moscú no me mosquea, puede usted escribirlo con mayúscula.

—¿Qué opinión le merece el voto de las mujeres?

—Hasta que no vea las que me votan

a mí, no le puedo decir si buena o mala. Sin embargo, le anticipo que yo estimo peligrosos la intromisión de las señoras en la cosa pública.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor. Podíamos llegar incluso a una revolución feminista. Lo he dicho muchas veces. Las mujeres son insaciables. ¿Y quién dice que no querían mandar en vez de que mandasen los hombres, como dice la jota famosa? ¡Y figúrese la transcendencia de un golpe de mano del bello sexo y la indudable anarquía que podría derivarse de un gobierno en que tuviesen entrada las mujeres! ¡Me estremezco de pensar en que podríamos ver a la señorita Echarrí en *Gobernación*, a Ofelia Nieto en *Marina* y a Chelito en *Estado*...

—¡Afortunadamente, eso es imposible.

—Tan imposible como que me vea yo otra vez en la *Presidencia*.

—¡Señor conde, tiene usted una penetración que es una preciosidad!

—No es penetración, querido reportero, es que lo sé porque me lo han dicho. A raíz de una comida en la que me permití abrigar ciertas esperanzas de coger la sartén por el mango sin ir a la cocina, recibí una carta un tanto anónima en la que se me hacía la siguiente amarga advertencia: «volverán las oscuras golondrinas, pero Romanones, no». ¿Usted qué opina de esto?

—Que es una cosa de mala pata.

—Puede usted también decirlo en el periódico, incluso metiendo la frase entera. Lo que le suplico que no meta es la pata, por las confusiones burlescas a que se podía prestar.

—Será usted complacido, Don Alvaro. Y crea usted que lamento el ostracismo.

—A mí me pasa lo mismo, pero no hay manera de hacer otra cosa más que lamentarse.

Y enjugándose una lágrima, me acompañó hasta la puerta, y antes de despedirme miró al perchero, con la secreta angustia de que pudiera llevarme alguna prenda o un ligero bastón de los pocos que adornaban el mueble vestibular.

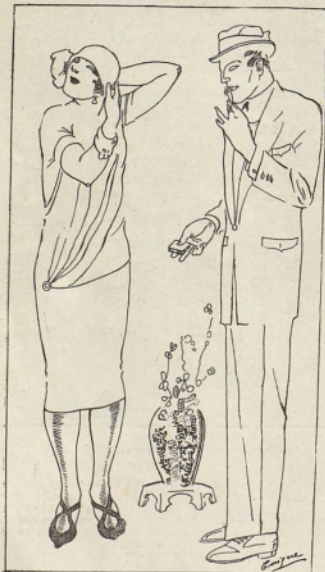
Pero por fortuna para el eximio ex presidente, era todo de un valor tan exiguo y problemático que, de llevarme algún bastón, hubiese merecido que me dieran un palo.

Aparte del garrotazo contundente que merezco desde luego por haber transcrito la entrevista, ya que nada de lo que en ella se dice era un secreto para los lectores de *Buen Humor*.

Porque eso de que Romanones no será presidente como no sea en una becerrada benéfica, es más viejo que el Océano Pacífico.

Por la copia,

NÉSTOR O. LOPE



Dib. ENSOVS.—Madrid.

EL.—¿Llevamos a la Marquesa a los toros?

ELLA.—Sí; ¡hay que cultivar su amistad!

EL.—Por eso, hay que cultivarla con el abono correspondiente.

DEL BUEN HUMOR AJENO

LA BICICLETA

POR GUY DE TÉRAMOND

Es el primer día hermoso de primavera. Fripouillard, sentado sobre un banco del boulevard, piensa en lo delicioso que sería abandonar siquiera por unas horas la vida inquieta y nada sana de la ciudad, para respirar el aire puro del campo y deleitarse con el aromático embriagador de las flores y el armonioso gorjeo de los pajarillos. ¡Quién tuviera una bicicleta para recorrer kilómetros y kilómetros desde el alba al anochecer!

Pero como ha dicho el poeta: toda dicha que no puede alcanzarse, no es más que un sueño. Fripouillard no es rico más que de ambición; y lo que gana como aprendiz en una casa de papeles pintados, no llena su bolsillo lo bastante para poder realizar su deseo. Tampoco le queda el recurso de pedir dinero prestado, porque no tiene quien se lo de. Pero Fripouillard es un muchacho avisado y confía en su ingenio. ¿Va a robar una bicicleta para satisfacer el capricho que siente? No. Fripouillard es honrado. Una vez entregó en la comisaría un portamonedas que encontró en la calle, el cual contenía quince céntimos y un billete del metro. Lo mismo devolvería a su dueño una sonrisa de brillantes si la hallase. Entonces, ¿qué hará? Fripouillard se levanta. Con las manos en los bolsillos, echa a andar lentamente y cruza, meditativo, varias calles. Pero de pronto se detiene. Encuétrase frente a una tienda que tiene este rótulo: «A las cien mil bicicletas.» En el escaparate y en la puerta hay numerosas máquinas de todos los modelos y de todos los colores, que parecen confirmar el título de la tienda. Un dependiente, con blusa blanca, vigila sentado en un rincón. Fripouillard avanza con la sonrisa en los labios, como un hombre que tiene la conciencia pura. Señala con el dedo una bicicleta reluciente, en muy buen uso, cuyos rayos brillan al sol, y pregunta: «¿Cuánto vale esta?»

El dependiente, sin levantarse, mira de arriba abajo al presunto comprador y responde: «Setenta francos.»

—¡Ah!

Fripouillard parece reflexionar; setenta francos ya es una suma crecida, sobre todo cuando no se tiene. ¡Y pensar que existe Rothschild! ¡Injusticias del Destino! Pronto abandona estas filosofías para llevar a buen término el plan que acaba de fraguar en su cerebro. Saca la bicicleta de su bastidor, la toma en peso, hace lugar los peda-

les, examina la cadena eslabón por eslabón y exclama: —¡Beh! ¡Todo lo más que vale son sesenta francos!

Pero como el dependiente ni siquiera se digna responder, le interroga:

—¿No me la deja usted en ese precio?

—No puedo.

—¿Por qué?

—Yo no soy el dueño.

—¿Cree usted que él me la dejaría?

—No. No lo creo.

—¿Dónde está el dueño?

—En la trastienda, comiendo.

Estas explicaciones parecen regocijar al papellista.

—Voy a entrar yo mismo a preguntarle, para que no tenga usted que abandonar la tienda.

—Bueno.

Y bajo la mirada irónica de su interlocutor, Fripouillard entra en la trastienda con la bicicleta sobre el hombro.

Passan cinco minutos. El dependiente ha pasado el plumero por algunas máquinas, y después, fatigado sin duda por este trabajo, ha vuelto a sentarse.

—Este muchacho, piensa, es tonto. ¡Pues no pretende que el amo le rebaje diez francos!... ¡Antes preferiría no vender nada que hacer una rebaja de un céntimo!

Fripouillard sale.

—No hay manera de entenderse con el dueño, dice, y se va apresuradamente.

Media hora después, el propietario de las cien mil bicicletas ha terminado de comer y aparece en la tienda.

—Entra a coger esa máquina—dícete al dependiente—y colócala en el escaparate. Y al disponerse el otro a obedecer, añade:

—Acabo de hacer un buen negocio. Yo no pierdo el tiempo, ni cuando como. He comprado una bicicleta por un precio irrisorio.

—¿Que ha comprado usted?...

—Sí—responde el dueño frotándose las manos de gusto—, ese muchacho necesitaba dinero, yo le he ofrecido veinte francos y me ha vendido la máquina. Le engrosé un precio de setenta francos. Aprende a ser comerciante.

El dependiente, aguantando la risa, exclama:

—¡Pero, señor!

—¿Qué?

—Que esa bicicleta era nuestra. De ahí—dijo señalando el bastidor vacío.

El dueño se quedó estupefacto un momento. Después, encendido por la cólera, se encará con el dependiente.

—¡Qué me miras, idiota!...

Con todo respeto, el empleado le dió esta consoladora explicación: —¡Por eso salió tan deprimida el cliente!

Entretando, Fripouillard alquilaba en otra tienda una bicicleta para darse el paseo soñado.

G. P.



—Mamá, ¿tengo que limpiarme el diente que me va a sacar el dentista mañana?

(De London Mail).

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestros editores, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

C. P. P. Madrid.—Su artículo *Odisea de un paraguas* es para decirle a usted sencillamente que ya está usted a mandar llover. En vista de eso, se lo declinamos. Escríbanos usted en llegando, para nuestra tranquilidad.

T. B. Habana.—Ya podía usted habernos mandado unos cigarros, en lugar de esa miserable rima que no nos sirve para medida de Dios la cosa.

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA.—CARRETERA, 7

Pulseas de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

Don Amós. Alicante.

Ahí va nuestro parábola por sus versos, Don Amós. Como usted los llama *A Dios*, que le vaya a usted muy bien! V. O. H. Madrid.—Diga usted, amigo, ¿qué le parece con bache, no le parece a usted que es la que no has de beber? (Porque si se la beba con el bache susodicho, adquiere un dolor de tripa que para él le vamos a contar a usted! P. M. S. Bilbao.

Ese Cuento de Boccaccio nos resulta sin *mamarracho*. C. de A. Madrid.—Si envío merece las siguientes severísimas sanciones: meterle a usted en la cárcel inmediatamente, prender fuego a la cárcel en el acto y no avisar a los bomberos hasta el año que viene. No rebajamos ni un céntimo.

T. S. J. Barcelona.—(De mane- que, según su última poesía, se piensa usted morir muy pronto?... ¿A que no coe esa breve? Sería para nosotros una felicidad tan grande que no nos decidimos a creer en ella! Natl. Montá. Madrid.

¡Ay, encantadora Natl!

Su cuento es un disparate...

Len usad "Vida Madrileña" Anuncie en

Oficina Puercarral 66

Dirección: DOZ DE LA ROSA

B. L. C. Madrid.—Le va a ser a usted más difícil ver publicada su crónica que pronunciar la palabra *rusa Pakoff* sin omitir una letra.

P. Q. S. Madrid.—Nuestro médico de cabecera nos tiene firmemente, laxativamente y definitivamente prohibido leer ninguna oda.

Compadrito. Buenos Aires.—¡Es lástima que esté usted tan lejos de nosotros, por lo que tendríamos que irnos en agredirte violentamente, después de haber leído su artículo deportivo!... ¡Por si acaso, no venga usted a Madrid o venga usted de figuroso incógnito!

C. CH. P. Madrid.—A usted debe de haberle encajado la gramática castellana un profesor muy distraído o muy poco idóneo.

A. L. P. Cádiz.—Es usted más pesado que un carro de mudanzas con colmo.

Crisóstomo Socolmo. Madrid.—Vale menos que un bote de quíntenas pesetas, sea o no legítimo Viriato. Madrid.

Los ojos de la Enrique y la boca de Carlota merecen un poquito que no fuera las idiota.

Y usted perdona, pero es que es verdad y no tenemos más remedio que decirlo.

A. A. del C. Madrid.—¡Si, señor, aquí estamos para aguantar todas las latas que vengan!... ¡Pero, caray, es que usted se ha excedido bárbaramente!



DELICIOSO ES AFEITARSE CON

LATHER KREEM

SIN BROCHA, TAZA NI JABÓN

Tubo, 3,75; tarro, 7 ptas.

EN PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS

CONCESIONARIO:

PEDRO SUÑER

Sicilia, 29.—BARCELONA

D. M. C. Madrid.—Hay quien lanza la piedra y esconde la mano. Usted es menos hipócrita y ha lanzado el artículo sin esconder la herradura. Tan franca conducta nos ha conmovido y, en pago, no le decimos nada malo ni irrespetuoso, como usted habrá visto.

Torrijos. León. Mando usted de frente, a ver si nos parece mejor, que es muy posible que nos parezca igual.

L. Y. D. Madrid.—El trabajo literario es eminentemente físico y el dibujo firmado por Satara, excelente imposible. Lo sentimos de un modo egregio y le recomendamos a usted una resignación de las más lústras.

E. Lozano y C. Villa. Madrid.—¡Una parodia del *Tremor* a estas fechas, después de las quince mil ochocientas noventa y siete que se han hecho, y antes de los ocho millones cuarenta y tres mil que se piensan hacer?... ¡Guil, caballeros, ambon a dos de mi consideración más distinguida! ¡Primero nos metemos debajo de un autobús, encima de un volcán o en medio de un río caudaloso!

¡L. E. E. Este cuento rimado que nos manda nos gusta menos que llevar bufanda. Y no es que está mal, mal, lo que se dice mal del todo, pero es que en esta casa somos unos lemmings exigentes que no merecíamos que las personas como usted nos hicieran el honor reiterado de calentar-

se los cacos en busca de la ansiada novela humorística que nosotros no sabemos apreciar, en nuestra despreciable ignorancia.

Villapiedra. Madrid.—Amigo Villapiedra:

ha medido usted la pienza. Y no digo la paja por respuestas a Morata.

Donde tengo buenisimos amigos, incapaces de cometer conmigo un atropello del tamaño decausado del que usted acaba de perpetrar.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Nemesio Pérez de Cervatos. Deusto.

¡Ay, Nemesio!

¡Tas copias

son un adefofo!

¡Por lo tanto,

gran Nemesio,

no podemos

quedarnos con esto!

¡Y usted dispense! Pero comprenda el enorme compromiso en que nos metiera, si se empeñase usted en que a la fuerza nos quedáramos con ello.

Como sus exelencias sabe el más holo,

no hay nadie que no gaste

Licor del Polo.

Carmen Rúa. Madrid.—No podemos hacer otra cosa que besar sus pies, que seguramente serán lindísimos breves; mucho más breves desde luego, ¡ay!, que su sencillito artículo.

C. A. D. Madrid.—Algo larguito, bastante descuidado, na poco inconveniente en el finalito y desde luego con un tema muy manoseado. Perdona la cantidad de diminutivos, pero es que queremos darle un tono cariñoso a nuestra respuesta, obligados por el enorme afecto que usted nos dispensa y al que correspondemos con un sincero ardoroso y patético.

P. A. A. Zaragoza.—¡Ole los ídolos bestias! ¡Es usted al amo de todos ellos, el primero, e es, la matrícula de honor!... Comovidos, nos quitamos el sombrero ante el monumento de pirámide de salvilismo, ante el Himalaya de aneñeñe... ¡Es indudable, no hay otro: puede usted sostenerlo a los cuatro vientos con el más enérgico de sus recursos!

7 LEGRES FOTOGRAFÍAS

CURIOSAS

Serías inagotables, 1 y 1/2 pes.

Oiro o sellos:

Agencia artística LUX

APARTADO 126

MADRID

Un madriño. Escorial.—Huidamente le decimos que en estos tiempos de Radio, Cocaína, jazz-bend y chocolate con churros, nos parecen totalmente inadecuados los versos chalescos. Hoy es la época de los pollos *bien*. ¡Por qué no hacer los versos *bien* también?

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indiquen: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

El. — ¡Cómo me gustaría tener siempre tus manos entre las mías!

Ella. — ¿Sí, mi bien? ¿Y para qué?

El. — Para que no tocaras nunca el piano.

Díaz de Herrera.

— ¡Qué desgracia le pasó a nuestro amigo Castrol! Hace dos meses empezó su palabra (lo único que le quedaba por empujar), ayer le nombraron los padrinos y esta mañana, custodiado por la pareja y entre dos testigos, firmó la pérdida de su libertad.

— ¿Qué le ocurrió?

— Pues... que hace sesenta días pidió a la de Nogaes y esta mañana se casó con ella.

La Coruña.

Marcelino Escudero.

— ¡Qué opaco pasan los novios más hermosos juntos?

— Los días antes de Nochebuena, porque se pela la pava con más frecuencia.

Don Anfer. — Oviedo.

— En la fonda donde habito no puedo dormir.

— ¿Por qué?

— Porque en la habitación de encima hay un fresco que mata las chinchetas a golpes.

— ¡Casi me sucede a mí igual! Pero como mi vecino de encima es un hipócrita, ¡las mata callando!

El Pescador.

— ¡Por qué el perro mueve la cola?

— Porque la cola no puede mover el perro.

Un charro.

— Chico, me han dicho que has estado quince días en la cárcel.

— Sí; por mirar la hora.

— Pero por eso no habrá sido.

— Es que la miraba en un reloj que no traía mío.

Afonso del Río. — Zaragoza.

Entre escribientes.

Uno. — Chico, un abuso. El otro día un compañero tenía que escribir una carta con la siguiente frase: «La pérdida de mi mujer me tiene desahogado», y va el señor y le desahoga.

— Hombre, ¿por qué?

— Porque colocó pérdida sin acento.

Verde. — Madrid.

Diálogo.

— Anón. Severo, ¿ande vas?

— En cá mi primo José Sierra Madero El Carpintero.

— ¿Vive en la calle del Olmo?

— No; ha vivido en la calle de la Madera y del Espino y se trasladó a la calle de la Escudera, pero tuvo una bronca con un oficial de Marina por un arreglo, y tomó en traspaso una tienda de cuadros en la calle de San Marcos a un alemán, donde vive ahora y voy a verle.

— ¿Y en auto vas?

— No; en auto... bús.

— ¿Se para algún encargo?

— No; hombre; para que me de un remedio contra los ratones que han asustado la casa.

— Bueno. Tú estás pa que te pongan la de fuerza. ¿Tu primo le va a dar eso?

— Claro; has visto algún carpintero que no tenga gatos.

Rufa García Sáez.

Madrid.

Entre políticos.

— Mira tú! Si tendría ya enemigos, que tuve que hacer concejal a esta casa.

— Eso no es nada. ¡Si tuvieras que salir, como yo, disputado a correa!

Enrique Torrado. — La Coruña.

El. — Lolita, ¿qué obra te ha gustado o menos más de las que hemos visto?

Ella. — ¡Díscame usted!

La mamá (diatrisida). — ¡¿Qué desahogada!

Eduardo Pedraza. — Madrid.

Una madre y un niño vuelven de paseo.

— Oye, Tiburcio — dice agitada a su marido —, el niño ya ha roto a hablar.

— De veras?

— Hemos estado en la casa de flores y al llegar a la aula de los monjes, se mostró sorprendido y exclamó el angelito: ¡¿Papá! ¡¿Papá!

Máximo Sipri. — Sevilla.



En una feria, a la que no va casi nadie, los dueños de un tiro al blanco, se le mentan amargamente.

— ¡Eso de que nadie haga un disparo dicen — nos sienta como un tiro...!

Ricardo López. — Zaragoza.

Epigrama.

De albanil creó un tal llamado Darío, hombre de corazón frío; pero, al fin, de corazón.

Ayudando a un compañero de su oficio, en las fierras, dos capatas de cal, llenas, éste le volvió al primero.

Y no se enfadó; al contrario, dijo con tono jovial:

— Con Darío y con la cal me transformo en cal-en-dario.

Leandro Reyes Santa-Paz.

— Nada, chico, me dedico a cultivar el chiste.

— ¿Se albanan algo?

— No.

— Pues entonces, ¿cómo vas a cultivar sin abono?

D. Pámpo Uru. — Madrid.

— ¿En qué se parece un acaparador de pañales a San Sebastián?

— En que tiene la mar...

Vicente Miró y Calaf.

Un padre, queriendo castigar a su hijo el otro día.

— Vete a tu cuarto, enciéndete dentro, échale la llave y trétele a escape.

Chillaron.

En el aeródromo de Cuatro Vientos hubo un accidente de aviación en el cual el gran piloto Jerónimo Castilla cayó con el aparato desde una altura bastante considerable, haciéndose estillas el aparato y haciéndose él una tortilla.

En uno de los corvilles que forman comenando el sacado, dice uno:

— ¡Pobre Castilla! Se debe de haber hecho polvo.

El más bruto del corro, contesta:

— Cá, hombre. Si debe haber salido bien. He oído referido al cabo Pérez y decía: ¡He salido C'astilla del aparato!...

Luis Mejía.

Entre amigos.

— ¿Qué tal le ha salido su hijo, señora Blanca?

— Mi chico es un granuja; no puedo hacer carrera de él ¡y el suyo?

— El mío no es ni bueno ni malo.

— Entonces, ¿qué es?

— Regular, está en Melilla.

Alejandro Vera.



GRAN VÍA, 18
JOUQUES 2
COCHES DE NIÑO

leyendo en una caja de embalete: «Siempre de canto», dice uno:

— Pues sí que estarán siempre alegres ahí dentro.

Lolita. — Barcelona.

En la farmacia.

— ¿Tiene usted algo para quitar el hipot?

— Espere un poco que llame a mi suegra.

Roque. — Valladolid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

re
ma

Solar

Boca sana - Dientes blancos.
Aliento perfumado.

CORTES, HERMANOS. — BARCELONA

CRESCO Montero, 22
(frente a S. Luis)

Trabajos de imprenta artísticos
Tarjetas en el acto, papelería,
Objetos de escritorio, devocionarios, etc.

Consulta pública.

—Está usted debilitado. Renuncie a todo trabajo de cabeza.

—Pero, señor, sería mi ruina; ¿no ve usted que soy peluquero?

Elenis y Merchí.

Un individuo estaba herrando una caballería, lo cual hacía bastante mal, y un señor que lo observaba se acercó a él y le indicó cómo debía hacerlo mejor. El individuo se volvió airado y le dijo: «¿Quién le manda a usted corregirme? Y el señor le replicó: La doctrina, pues hay una obra de misericordia que dice: corregir al que yerra.

José García Hidaigo.
Zaragoza

Cesáreo Alonso

Ortopédico del Hospital Militar y del Instituto Rubio.

Talleres propios. Precios económicos.

Fuencarral, 104. Tel. 405 J.

Entre militares.

—Mi padre ha sido Alto Camarero.

—Pues el mío, era bajo del teatro Real.

Angel Fernández de Córdoba.
Tetuán.

FILOCALIA Droguería-Perfumería
Artículos limpieza.

Fernando VI, 16. Tel. 43-22-M
Aguas minerales. Esencias y
granel. Precios económicos.

En el cuartel.

El soldado.—Oiga usted, mi sargento, el ovillo de hilo que tenía pa coser ha desaparecido.

El sargento.—Sí, ¿verdad? Pues vete al cabo, que por el cabo se encuentra el ovillo.

Benjamín López.—Madrid.

CASA APARICIO

Calle Recoletos, 2 cuadruplicado y Hortaleza, 51. Tel. 16 53 J. y 15 93 M. Muebles de lujo. Descuento 2 %, presentando anuncio.

En una acción de guerra.

—¡Compañeros, venid, que tengo cogido un prisionero!

El capitán.—Pues tráelo en seguida.

—Eso quisiera yo, pero el maldito no me suelta.

F. G. G.—Ceuta.

G. ULLASTRES

Contadores para agua de todos los sistemas. Contadores divisionarios.

Costanilla de los Angeles, 2

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

INDRA PERLA

LA CASA MÁS SURTIDA

AL TODO DE OCASIÓN

FUENCARRAL, 45

**LIBROS PARA REIR, DE LUIS ES**

A 1 pta. Tres novelas alegres. 300 chistes nuevos. Para que rían las mujeres. Animales caseros. A 2 ptas. Chistes y cuplés, 80 cosas. Chistes malos y de ustedes, 400 cosas. Cincuenta monólogos verdaderos. Conferencias, parodias y humorismo. La sala del crimen y La que todo lo dió. Novelas. Teatro fácil: 16 comedias, 4 ptas. La vengadora, novela. La lujuria, novela. Novelas y monólogos escogidos. Viajes por España. Pedidos: LUIS SANTOS Carretera, 9. Madrid. Envíos contrareembolso.

ALHAJAS

Se compran para casa extranjera, pagándolas espléndidamente. Puerta del Sol, 11 y 12, segundo derecha.

Hay ascensor.

En esta época es cuando no debe
usted olvidar tener en su casa los
famosos

POLVOS INSECTICIDAS
DE
LEYER Y COMPAÑÍA

Infalibles para la destrucción de toda clase de insectos

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (15 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (15 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

MADRID

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

BUEN HUMOR



Dib. RIVERÓN.—Madrid.

—Cada vez que me ponga estos zapatos veo las estrellas.
—¡Claro! ¡No sales más que de noche!...